

Hermenéutica de la persona. Modos de reconocimiento a través de la agencia

Person's hermeneutics. Recognition modes through agency.

Francisco Guzmán Castillo¹
Instituto Filosofía CSIC
paco.guzman@cchs.csic.es

Resumen

El propósito de este artículo es analizar ciertos aspectos sobre cómo y por qué reconocemos a los otros como personas plenas, y cuáles son los mecanismos sociales que justifican y permiten que algunas personas sean tratadas como objetos, de forma opresiva y discriminatoria. En mi análisis discutiré si la agencia intencional es un elemento necesario en cualquier modelo de construcción de la persona. También se discutirá si la intencionalidad puede considerarse como un atributo exclusivo de los humanos. Expondré tres modelos explicativos para describir la manera en que las personas se relacionan unos con otros y con el entorno. Estos modelos son: el de los tipos literarios, el del dipolo de agencia y el modelo espacial de agencia. Finalmente reivindicaré la importancia del cuerpo como instancia constitutiva del constructo persona, con una importancia igual a la de la subjetividad y la de las circunstancias ambientales.

Palabras clave: cuerpo – agencia – reconocimiento – discriminación - discapacidad – diversidad funcional

Abstract

The purpose of this article is to analyze some aspects on how and why the others are recognized as full persons, and what are the social mechanisms that allow and justify some people being treated like objects, with oppressive and discriminatory methods. In my analysis I will discuss if intentional agency is a necessary element to any person construction model. Consideration of the intentionality as an exclusive human attribute is also under question. I will propose three explaining models to describe the way people relate with others and with the environment. These are: the literary type model, the agency dipole model and agency space model. Finally, I will restore the importance of the body as a main instance in person's construction, as important as subjectivity and environment circumstances.

Key words: body – agency – recognition – discrimination – disability – functional diversity

¹ Licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad Complutense (Madrid). Licenciado en Humanidades por la Universidad Carlos III (Madrid). Candidato a Doctor en el Departamento de Ciencia, Tecnología y Sociedad del Instituto de Filosofía del CSIC.

Introducción

El tratamiento cotidiano con otras personas genera modelos esperados con las que identificar a otros sin necesidad de concentrarse demasiado en cada uno de ellos. A partir de estas presuposiciones Goffman (2003) definió el estigma como aquel atributo alejado del estereotipo que desacredita en la mayor parte de la sociedad. Frecuentemente se observa que la discriminación y rechazo hacia un individuo o grupo busca justificación en considerar al otro, por alguno de sus atributos físicos, cognitivos o sociales, en un estado disminuido de lo que se considera apropiado para una persona. Una vez “admitida” esa falta o deficiencia en el estatuto de la persona se permiten toda una serie de comportamientos que implican tomar el control de su vida, en mayor o menor medida, por su bien o por el beneficio de quienes así la tratan. Esta cadena de comportamientos puede profundizar más y más en el aislamiento comunitario del individuo hasta desembocar en su eliminación social o, directamente, física (Toboso y Guzmán, 2010) como se podrá ver más adelante.

Estos mecanismos y prejuicios culturales, sobre lo que una persona es o debería ser, funcionan como una caja de herramientas para interactuar con el otro en los primeros compases de una relación, al menos hasta que la relación adquiera sus propios mecanismos de interacción. Cuando conocemos a alguien echamos mano de estos mecanismos, aprendidos en nuestro proceso de socialización, y si resultan ser muy rígidos, excluyentes o restrictivos, lo más probable será que reproduzcamos nosotros mismos prejuicios que generan discriminación.

El estatuto de una persona se puede establecer por las diferentes características y competencias que detectamos en ella. Lo que las personas hacen y la acción que ellas reciben del entorno será, en principio, el territorio de investigación propuesto. En concreto aquel conjunto de prácticas materiales y simbólicas que se realizan a través del cuerpo, o que están relacionadas con él, y que determinan cuáles son los funcionamientos esperados del cuerpo socialmente legitimado. Naturalmente, la categoría persona contiene otros elementos importantes como la subjetividad constituida por las creencias, deseos y sentimientos. Pero centraré la trama del artículo en torno a la agencia y al

cuerpo de la persona, ya que considero que no han sido tradicionalmente tenidos tan en cuenta como la subjetividad.

Tradicionalmente, al estudiar la agencia, se ha dado mucha importancia al sujeto cognitivo intencional. A través del análisis de diferentes modelos de interacción que parten de este supuesto fuerte demostraré que basarse únicamente en la noción de sujeto racional, voluntario e intencional como único propietario de la agencia, no es suficiente. Se observará que aunque los sucesivos modelos van restando importancia al sujeto intencional y cediéndola al entorno agente, ninguno cubre más que algunos aspectos de la construcción de la persona. Esto es así porque la agencia no puede siempre considerarse atributo exclusivo de las personas, aunque si pueden participar en ella.

A partir del último modelo de agencia espacial y de trayectoria, y señaladas las insuficiencias del mismo, finalmente se propone un proyecto de investigación para una teoría más completa que dé una mayor importancia del cuerpo y el entorno como vehículos y/o generadores de agencia. El primero de estos modelos, el de los tipos literarios, es el que concibe más a la persona como un centro atractor y difusor de agencia.

Personajes, figuras, personalidades e individuos

Amélie O. Rorty (1976) presenta un análisis muy interesante de los diferentes posibles abordajes a la hora de interpretar una persona basándose en cómo se hace desde la literatura. Cada abordaje centra su interés en un tema o conflicto personal que se expresa en cuatro tipos: *personajes, figuras, personalidades e individuos*. A su vez estos temas o conflictos se agrupan en dos enfoques o perspectivas, bien se describan desde la intencionalidad o transformación que el agente ejerce sobre su entorno, bien se definan desde el entorno que determina el estatuto y las capacidades de la persona.

En la perspectiva del agente hay dos modos de interpretación que aluden a sendos tipos: personajes y figuras. El personaje alude a una serie de rasgos, físicos y psicológicos, que no parecen armonizados entre sí, lo cual causa problemas en su acción, no en su ser. Esta noción de personaje difiere sutilmente de la propuesta por Paul Ricoeur (1996) en su obra *Sí Mismo como Otro*, donde la identidad del personaje se comprende una vez se ha com-

prendido la acción narrada en su totalidad. En mi parecer es al contrario, son los rasgos del personaje los que en parte orientan la construcción de la trama que se va desarrollando, la otra parte vendrá orientada por las oportunidades de acción que ofrezca el entorno. Es la persona, no el personaje, la que se comprende y construye a través de la trama, mientras que el personaje con sus rasgos irreductibles es el agente o paciente que interactúa con el estado del mundo¹ en un momento dado de su narración vital.

Los personajes son como son, y su tragedia probablemente sea vivir en un mundo que no es adecuado a sus características. Un anciano que aún se siente joven, un niño de primaria enamorado de su maestra, un joven que sueña con pilotar aviones y que sin embargo tiene miopía, etc. Todos ellos y tantos más son personajes desde el momento en que su inadaptación al mundo se manifiesta en forma de discrepancias entre sus deseos y emociones y las competencias que ponen en funcionamiento para lograr sus objetivos. Estas discordancias se viven como internas, aunque tienen su origen en la configuración del mundo que les ha tocado vivir.

Estas contradicciones están a menudo relacionadas con la manera en la que la persona y su entorno significativo² perciben su cuerpo y sus capacidades. La falta de sintonía entre las competencias del cuerpo real y las capacidades del cuerpo esperado, o tal vez soñado, desencadena la doble lucha por adaptarse a lo esperado, por ser otro distinto al que se es, o para cambiar tales expectativas,

¹En este texto me refiero al mundo como todo aquello que ha sido construido, semántica y materialmente, por seres humanos. Por otro lado, la Naturaleza es lo que no ha sido modificado, ni siquiera interpretado, artificialmente. Una selva virgen, un territorio recién descubierto, una estrella lejana, etc., forman parte del mundo por el mero hecho de haber sido contemplados por el ser humano, aunque no lo domine, aunque ni siquiera lo toque, sólo por constituir fronteras de su universo conocido y límites de su agencia.

²Se puede entender el entorno significativo como aquel en el que están inscritos los otros más influyentes en las creencias y deseos de la persona. Suele incluir a la familia, amistades y colegas de trabajo o estudio; pero también pertenecen al entorno significativo todos aquellos modelos de comportamiento que gozan, por la razón que sea, de gran visibilidad social. Nuestra cultura mediática es muy prolífica en la creación y distribución de dichos modelos, y forman parte muy importante del universo significativo de muchas personas. Por último, los diseños materiales que habilitan cualquiera de nuestras capacidades forman parte del entorno significativo. Así por ejemplo, la presencia de una escalera para un usuario de silla de ruedas es tan significativa como para impedir su acceso donde los demás suben sin problemas.

para vivir en un mundo diferente, más acogedor. Somos nosotros mismos los que más solemos apreciarnos como personajes en busca de un mundo que nos acoja como personas.

Las figuras, por su parte, están definidas por el lugar que ocupan en la historia revelada, al contrario del personaje cuyos rasgos definirían su rol. Si el sentido de una narración aparece ante nosotros como algo cerrado y completo es relativamente sencillo situar a las personas que aparecen en ella como títeres de la historia. Esta primacía de la trama total en la interpretación de la persona hace que las figuras aparezcan sobre todo en cuentos aleccionadores, novelas ejemplares y hagiografías, donde se presentan relatos de modelos de vida que deben imitarse o evitarse. Por el contrario las novelas de personajes, si bien continúan siendo en gran medida predecibles, pueden tener finales más abiertos o inconclusos, porque en su caso la historia no se construye para definir una figura sino para narrar la peripecia de un personaje. Si la vida real se parece más a una novela inconclusa que a un cuento aleccionador es natural que identifiquemos más menudo a personajes que a figuras, aunque a menudo para simplificar se da por cerrada una historia y se toman todos sus personajes por figuras.

Un ejemplo frecuente de figura es el de la persona con discapacidad que logra, merced a un continuo sobreesfuerzo, mantenerse en el mundo activo de los que no tienen discapacidad, trabajando en unas condiciones inadaptadas a sus funcionalidades físicas o cognitivas, moviéndose en un terreno que no le pone más que dificultades, viviendo, al fin y al cabo, en un mundo que no está pensado para ella. De esta manera, quien en principio sería un personaje en toda regla, con todas sus contradicciones, puede aspirar a que le reconozcan como una figura heroica simplemente por hacer lo mismo que los otros, cuando no más, superando las condiciones que le ha tocado vivir³. Así, se tolera mejor que Beethoven sea sordo mientras componga hermosas sinfonías, o que Stephen Hawking tenga una gran dependencia física mientras sea un reputado cosmólogo. Puesto que su realización personal no puede provenir de otra actividad que no tenga que ver con la voluntad de curarse, o superar con ingenio y esfuerzo su discapacidad, cualquier requerimiento de esta persona a que el entorno se adapte para facilitarle cualquier tarea (típica actitud de protesta del personaje) será inter-

³ Para profundizar en el tema recomiendo el artículo de Javier Romañach (2003).

pretado como una traición al espíritu épico de su historia y tenderá a negársele por caprichoso. La figura que representan estas personas ejemplares se va desdibujando conforme su aportación social pierde prestigio, y sus necesidades personales pasan a un primer plano; necesidades que siempre estuvieron ahí y que tienen que ser cubiertas al margen de las cualidades de la persona. En el fondo las figuras no pueden evitar la tendencia a ser personajes.

Cuando vemos a las personas como poseedores de derechos y facultades utilizamos la perspectiva del entorno que es el que adjudica y reconoce estos atributos. Es el entorno el que actúa sobre la persona para adecuarla a los valores y parámetros establecidos. La primacía corresponde ahora a las circunstancias, no como un lugar en el desarrollo de una trama, sino en forma de convenciones sociales. Los tipos contenidos en este enfoque son, al igual que antes, dos: la personalidad y el individuo.

La personalidad es el resultado de sustantivar las expectativas sociales en una persona concreta. Las personalidades son la encarnación de los modelos de comportamiento. A diferencia de la figura, con la que guarda algún parecido, la personalidad no necesita ganarse el reconocimiento social; ya es, desde el principio, lo que se espera de ella. Únicamente se tiene que preocupar de conservar ese prestigio. La atribución de derechos o expectativas a una personalidad responde, pues, a un prejuicio social basado en que solo cierta gente que demuestra ciertas facultades puede hacer ciertas cosas.

Por su parte, la meta de toda figura es acumular prestigio para convertirse en personalidad. Beethoven y Stephen Hawking, que ya hemos citado anteriormente, se han forjado como figuras pero han llegado a ser reconocidos como personalidades, lo cual les otorga un estatus más legitimado. Una personalidad es muchas veces una figura triunfante y reconocida.

Pero, generalmente, las personas no se hacen de una pieza y, si no al principio, siempre terminan mostrando incoherencias en su comportamiento respecto a lo que se espera de ellas. Esto no se debe a que las personas sean defectuosas, sino a que la variedad de sus rasgos y de su mundo interior es demasiado rica como para encasillarlas en los rígidos moldes de una personalidad. La distancia que media entre las contradicciones internas y las expectativas depositadas en la personalidad a

menudo termina con su caída del pedestal social en el que había sido colocada. Puede recuperar su rol de figura, pero esta vez de figura trágica; o bien puede rebelarse contra su destino e iniciar la solitaria lucha del individuo contra la sociedad que le ha rechazado.

La caída de la sociedad de las personalidades hace surgir como respuesta la tipología del individuo, segundo modo de interpretación de la persona desde este enfoque del entorno. Los individuos son centros de integridad que guardan dentro de sí, al menos de manera potencial todo el sentido y, por tanto, toda razón para su reconocimiento como persona. Tienen plena conciencia de que sus derechos son inalienables. Manifiestan en su esencia un contraste contra la sociedad, a la que trascienden y rechazan en todo aquello que les resulta coercitivo y agresivo a su condición de individuo; condición natural y anterior a todo aspecto social. El individuo hace de su aislamiento la marca que lo distingue, mientras que la personalidad es reconocida por la armonía con la que encaja en su contexto social.

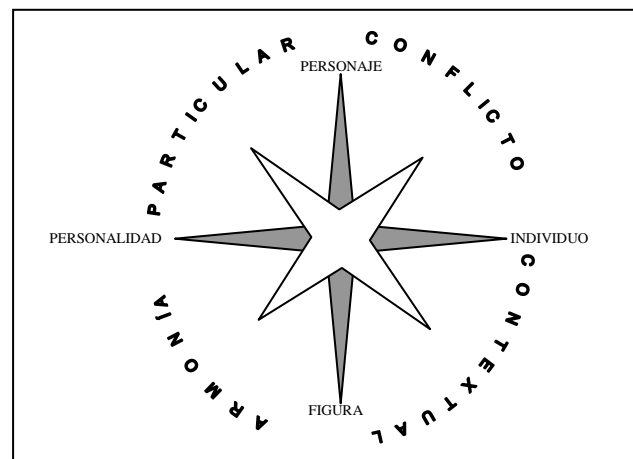


Fig. 1. El eje vertical alude al origen de la particularidad de la persona, que en la *figura* es su lugar en la narración y en el *personaje* son sus rasgos. El eje horizontal alude a la adaptación de la persona a las condiciones físicas y sociales del entorno: cuando es armoniosa se trata de una *personalidad*, cuando es conflictiva o imposible se trata de un *individuo*.

En una aproximación algo superficial podríamos decir que la personalidad es la versión socializada de la figura, por la relación armoniosa que ambos parecen tener con su entorno. De forma parecida, podemos afirmar que el individuo es la versión socializada del personaje por la relación conflictiva que ambos mantienen contra el entorno; aunque el individuo lo lleva al terreno de la defensa de su autenticidad, de su yo interior en el que tien-

de a encontrar mayor satisfacción. El explorador pionero es un buen ejemplo de individuo en el sentido que aquí me refiero. Encuentra en su interior lo que da sentido a su vida, y no demanda gran cosa a la sociedad, más que cierto espacio en el que desarrollar libremente su proyecto de vida. Al individuo finalmente le basta con conseguir un refugio donde sentirse seguro para desarrollarse como persona, mientras que el personaje confronta con el entorno su particularidad.

Estos cuatro tipos permiten explicar de qué manera el agente y el entorno actúan el uno sobre el otro. Estos temas o conflictos se dan en la vida real mezclados unos con otros, de manera que una misma persona puede ser personaje a la búsqueda de un mundo que lo acoja, figura de una narración acabada, personalidad reconocida por su entorno, o individuo al rescate de su autenticidad frente a un mundo que lo determina.

Los tipos literarios consisten en esquemas de interacción a los que se trata de anclar el estatuto de persona. Sin embargo, la relación entre agente y entorno no es reducible a estos cuatro tipos, sino que pasa de unas a otras y adquiere formas intermedias que no necesariamente encajan con ninguna de las especificadas. Estos modos de interpretación constituyen, a lo sumo, algo parecido a una rosa de los vientos en navegación, que nos sirve para orientar hacia donde se dirige, o qué rumbo podría tomar, la trayectoria personal analizada.

En este modelo la importancia del cuerpo queda supeditada a la fuerza de las intenciones, bien provengan del agente o del entorno significativo. El cuerpo queda así reducido a un mero vehículo, o pasivo receptor en ocasiones, de una agencia en la que sólo participa como parte del escenario en el que se desenvuelve la actividad. El modelo de las tipologías atribuye a las intenciones, emergidas de un proceso de elección racional, la causa y orientación de la agencia. Por eso el cuerpo y la constitución de sus posibilidades de agencia no se contemplan como algo relacionado con el diseño social, sino más bien como una necesidad de articular las voluntades individuales con las circunstancias materiales disponibles.

Además, finalmente, sirven para mostrar que el origen de la acción y su impulso no están fijos en el sujeto (persona) o en el objeto (entorno o mundo), sino que la agencia “viaja” entre ellos en ambos sentidos. El tema o conflicto de cada tipología, en el fondo, gira en torno al control que cada persona siente que tiene sobre sus circunstancias, o

bien a si son sus circunstancias las que en realidad la controlan a ella como si de un objeto se tratara.

Los extremos reificantes del dipolo de agencia

Ser persona es lo que cada persona hace, en un sentido de la definición, y lo que las demás personas esperan que haga, en el sentido contrario. Ambos sentidos son igualmente válidos, el primero de ellos se refiere a la autodeterminación, el segundo al reconocimiento. Ninguno de ellos es prescindible para evitar la cosificación del otro o de uno mismo. El agente y el entorno viven una relación tentativa en el que uno y otro pueden tratar de llevar a cabo su voluntad por mediación o sobre el otro, lo cual puede degenerar en la cosificación de la persona o de los otros significativos

El proceso de reificación tiene dos posibles causas; cuando el mundo no reconoce al individuo como agente y termina siendo anulado como persona, y cuando su voluntad no tiene impacto sobre el entorno porque no hace uso de los conductos reconocidos (o reconocibles) de agencia. La sociedad que obstaculiza la acción y estilo de vida de determinadas comunidades humanas que habitan en su seno, bien sea por descuido o con el propósito claro de perjudicarles, dejan abierto el camino hacia la cosificación del otro. Así operó el estado alemán durante el nazismo con los judíos: primero les prohibió ejercer profesiones liberales y trabajar en igualdad de condiciones con el resto de alemanes, después les expropió sus bienes y negocios, y finalmente los aisló en guetos y campos de trabajo. Aislados de cualquier canal de acción política o social, los judíos alemanes fueron cosificados. Sin el estatuto pleno de persona se hizo peligroso vivir “de prestado” en un mundo creado únicamente por y para los ciudadanos legitimados, pues continuamente se corría el riesgo de ser tratado como un objeto del que fácilmente se pudiera justificar su prescindencia, como finalmente ocurrió.

Dados los ejemplos anteriores, determinar quién y cómo adquiere el estatuto de persona es de vital importancia para evitar su reificación. Para muchos autores⁴, evitar la reificación del otro pasa

⁴ Para Lukács, por ejemplo, los agentes actúan respecto a otros sujetos situándose en la perspectiva del otro, para conocer sus creencias y deseos, sus razones, y actuar en consecuencia. La praxis no reificada no se limita solo a las personas, sino que se extiende a los objetos, mediante una actitud de apoyo hacia ellos, de implicación práctica con ellos. La reificación sería entonces una deformación de la acción humana, una forma de conducirse que no es la propia de nuestra especie, y que está

por desplazar el fundamento de la agencia desde la voluntad del sujeto a la configuración del objeto, sea éste de naturaleza física o social, mediante una suerte de actitud implicada (Honneth, 2007).

La actitud implicada con el objeto permite, para empezar, descubrir o recordar su papel en la subjetividad. Si el objeto de la acción es otro sujeto la actitud implicada deberá tener en cuenta la perspectiva del otro, para conocer sus creencias y deseos, sus razones, y actuar en consecuencia y tratar así a los otros, no como cosas, sino como individuos con razones.

Si el objeto de la acción es un no-humano la actitud implicada tendrá en consideración qué posibilidades de agencia ofrece dicho objeto en combinación con el resto de entidades presentes, humanas y no-humanas, de manera que el entorno y el objeto actuarán sobre el agente. En la praxis no reificada los no-humanos comparten la agencia con los humanos. Así la voluntad y la subjetividad dejan de ser las únicas instancias poseedoras y fuentes de agencia.

El modelo del dipolo de agencia define la actividad humana como una entidad deslocalizada entre dos polos que no son más que extremos de esa misma actividad. De un lado, el agente fuente de propósitos, de deseos, emociones y voluntades a las que se somete el mundo. Del otro lado, el mundo que impone inevitablemente su estructura determinista a cualquier voluntad o propósito. Pero sería ingenuo pensar que alguno de estos extremos se da verdaderamente en la actividad humana cotidiana, aunque se presuma de tener una gran capacidad creadora de mundo, aunque a veces el mundo parezca determinar todo lo que hacemos y todo lo que somos. La agencia, pues, se asemeja más a los fluidos electrodinámicos descritos por los físicos del siglo XIX que se manifestaban en distribuciones extensas entre dos polos extremos. Pocas veces estamos seguros de si nuestros actos responden exclusivamente a nuestra iniciativa o a la influencia de los demás. Ello es debido a que casi siempre ambas operan, con distinta intensidad, como desencadenantes de nuestro comportamiento.

El equilibrio en que ambos polos estén presentes caracterizará la estructura de la agencia. Si la propia voluntad está exacerbada el agente tenderá a ignorar el mundo que representa el otro. Si son los demás los que le imponen su voluntad, el indivi-

duo acabará siendo cosa en manos ajenas. Por inquietantes que puedan parecer estos extremos, su equilibrio tampoco es algo que tenga que obsesionarnos en lo que se refiere a la atribución de la categoría persona. Los que son tratados o tratan a los demás como objetos continúan siendo personas; lo que ocurre es que experimentarán dificultades para mantener comunicación fluida con su entorno, y les costará más acceder a las prestaciones de vivir en sociedad, auténtica ventaja evolutiva del ser humano. Aún así las personas que realizan prácticas reificantes con sus iguales se han formado como tales en el seno de una sociedad, y su estatuto continúa dependiendo de su autopercepción y la percepción que los demás tengan de ella.

El dipolo de agencia es una estructura bidimensional definida entre dos extremos: por un lado la subjetividad y por otro el objeto-mundo opuesto a ella. Ambos no son más que límites abiertos en la articulación de la agencia los cuales, en realidad, jamás se alcanzan pero que dicha articulación puede aproximar cuanto sea. Es un modelo más flexible que el de los tipos para explicar la agencia intencional porque no la ciñe a un determinado tema o conflicto.

Sin embargo, los polos de esta estructura acumulan mucha información y factores que no están bien descritos en el modelo del dipolo. La subjetividad alude a los motivos y creencias que mueven nuestra voluntad, sí, pero también a la experiencia íntima de nuestro cuerpo, de su funcionamiento y de sus capacidades físicas y cognitivas. La experiencia del cuerpo es algo demasiado íntimo para situarlo exclusivamente en el escenario del mundo y demasiado empírico para tratarlo como un mero producto de la conciencia.

Por su parte, el objeto-mundo, como indica su nombre acumula infinidad de actores e influencias que operan sobre la agencia de la persona de forma, a veces, convergente en una dirección determinada, y otras sin una dirección o sentido claro. También opera sobre el cuerpo ya que en él encarna el agente las disposiciones del mundo social que le ha tocado vivir. Bourdieu (1991) denomina "hábitus" a las condiciones de existencia definidas por estas disposiciones encarnadas.

Modelo espacial y de trayectorias. Un mar infinito de posibilidades

En este modelo, mi propósito es caracterizar el espacio en el que se definen y reconocen las

modificada por la extensión de las formas de intercambio basadas en el capitalismo (Honneth, 2007).

personas como agentes. Este territorio performativo de la persona no tiene ni precisa límites, aunque permite establecer marcadores para orientarnos en él. Cada realización de una acción orientada a objeto es un marcador sobre el que se apoyan y orientan los demás marcadores. La intencionalidad, atribuida en los modelos anteriores bien al agente bien a sus circunstancias, ahora se imprime en el espacio de agencia, como un rastro que indica un posible curso de acción que a su vez se cruza y confunde con otros. Haciendo el propio camino seguimos las huellas de otros.

En este territorio hay infinitas trayectorias personales como infinitos son los estilos de vida que definen. Y cada trayectoria de vida puede dividirse en segmentos más cortos y sencillos, si se desea, que contengan acciones más simples. Esta noción de trayectoria de vida no tiene nada que ver con el método de investigación utilizado en la antropología social. Tiene más relación con el concepto de trama que introduce Paul Ricoeur (1996) como proceso configurador que da unidad a la sucesión de acontecimientos de una vida en su teoría de la identidad narrativa. La trama de Ricoeur se construye desde una posición observadora distante ante una narración cerrada. Sin embargo, mi noción de trayectoria pretende cobrar sentido en cada acto que compone su cadena. La noción de trama está más próxima a la narración pasiva, mientras que la trayectoria se orienta hacia la ejecución de actos sucesivos que unifican a través de su función toda la cadena anterior y posterior de actos.

En cada uno de los puntos del espacio de agencia nos podemos orientar respecto al sentido de la trayectoria vital, tanto si es hacia la reivindicación de una entidad responsable de sus actos, como si es hacia la asignación de atributos personales a una entidad del entorno a la que se reconoce el estatuto de persona. Cuando no sucede lo primero, es decir, cuando una entidad no reivindica su autonomía ni la responsabilidad de su actividad en su esfera de influencia, entonces se plantea lo segundo, esto es, si dicha entidad es o continúa siendo una persona.

Ejemplos tradicionales de estas controversias son todos aquellos relacionados con la posible falta de autonomía en los casos de bebés y niños, personas en estado de coma, personas con enfermedades mentales o neurodegenerativas en estado muy avanzado, etc... pero también se plantea en contextos no humanos tales como los de la inteligencia artificial, donde se trata de construir a

propósito máquinas no humanas que se comporten como una persona, en alguno o todos sus rasgos, o la vindicación de los derechos de los animales, como un caso de atribución de cualidades personales a entidades no humanas⁵.

Hay multitud de zonas grises en el territorio de la definición de persona, y no pocas de ellas resultan ser pantanosas para extraer una determinación clara. Otras zonas, por el contrario, son claras y sencillas; tanto como simplistas y limitativas, y su principal pecado es que bajo su atractiva elegancia conceptual, excluyen formas diversas de ser persona. Por eso no trataré de determinar qué atributos debe tener una persona, ni cuáles son los actos propios de la construcción personal, porque no creo que exista tal grupo de actos privilegiados. La persona no tiene un territorio asignado en el espacio de la acción. El espacio performativo de la persona es el de toda actividad posible y cada parcela de ese espacio define una manera de ser persona. Ahora bien, ser persona corresponde a todo el espacio sin excepción, aunque nadie pueda cubrirlo en su totalidad en toda la vida, por larga que ésta sea, ni en todas las vidas posibles, ni en todas las que podamos imaginar.

Alguien no es persona porque realice una actividad concreta, aunque esa actividad pueda tipificarlo como persona, sino que sencillamente lo es por realizar actividad a la que se pueda atribuir un propósito, sea este racional, emocional o desiderativo. No se trata únicamente de aquel capaz de hacer ciertas cosas y no otras, sino aquel capaz de *encontrar la manera de hacer las cosas que considere importantes*. Así tenemos dos niveles en la tarea de constituir una persona. Por un lado un nivel selectivo en el que cada persona decide qué es importante para ella, por otro, una búsqueda entre todos los modos posibles de lograr aquello seleccionado como importante. El tipo de agencia que es propio de las personas es la acción orientada a objetivos que conserva en su estructura ambos niveles. Dejamos para otra ocasión la cuestión de si los agentes no humanos pueden albergar intenciones, aún en cuyo caso los no humanos tendrían que demostrar, o descubrir, que tienen también subjetividad para ser además considerados personas.

⁵ La agencia no humana constituye un tema central en la filosofía y la sociología a partir de los trabajos realizados con la teoría actor-red (Latour, 2005). Este marco teórico atribuye agencia a cualquier objeto o artefacto presente en una relación agente, dejando abierta la cuestión de si dicha agencia es propiamente intencional, o meramente traduce las intenciones de los humanos que interactúan con ellos.

En resumen, siguiendo un símil mecánico-físico, el espacio performativo de la persona, sería un medio continuo repleto de acciones o prácticas posibles que definen formas de ser persona a lo largo de trayectorias vitales. Sin embargo, estos recorridos cobran sentido para uno mismo, y para los demás, en la medida en que parecen mostrar hacia qué objetivo se dirigen las distintas acciones de cada trayectoria.

Disponiendo las rutas de agencia

Por otra parte, no solamente la intención orienta la acción, también la relación con el entorno en forma de límites y oportunidades, de temas y conflictos con la esfera de influencia, dan sentido a la actividad de las personas, como se vio en el modelo de los tipos. De hecho la persona establece sus ejes de referencia desde lo que es hasta lo que desea, por un lado, desde lo que se le impone hasta la parcela del mundo sobre la que actúa, por el otro; y así se describió en el modelo del dipolo de agencia.

El campo de restricciones a las trayectorias personales varía de un punto a otro y favorece unas trayectorias más que otras, de forma análoga a como las corrientes marinas favorecen más unos rumbos que otros. Es materialmente más sencillo caminar que volar para un humano corriente, por las restricciones físicas al vuelo que presenta su configuración biológica habitual. De manera análoga, suele ser más fácil obedecer y consentir aquello que tus fuentes de autoridad esperan de ti (familiares, amigos, estado, etc.) debido a las restricciones a la desobediencia que impone la sociedad. Y pese a todo existen personas que vuelan frecuentemente y también personas que desobedecen las normas que les competen. Y también es cierto que esto es más posible para unas personas que para otras.

En física se habla de la anisotropía para explicar cómo varían algunas propiedades de los medios en función de la dirección de movimiento o de observación. Esta anisotropía favorece ciertas trayectorias en el espacio que maximizan o minimizan, según el caso, la prevalencia de estas propiedades. El espacio de agencia de la persona presenta esta propiedad y favorece las trayectorias vitales que requieren el mínimo esfuerzo de adaptación material o social del entorno, el mínimo grado de cambio. El patrón de anisotropía de este espacio es convencional e histórico.

Para expresarlo de otra manera, el conjunto de recorridos vitales que requieren menos esfuerzo

físico y social para ser reconocido plenamente como persona, forman haces de trayectorias que se agavillan entre sí, por semejanza en sus objetivos y/o proximidad en sus prácticas. Los estudiantes universitarios, los padres primerizos, los amantes del cine o de la música, los que quieren acumular riqueza y poder, los que dan más importancia a la seguridad, los que disfrutan conociendo gente nueva y diferente, los que trabajan para vivir y los que viven para trabajar, etc. Todos ellos aproximan sus estilos de vida, sus prácticas, en base a sus fines. Hacen cosas parecidas y en cierta manera colaboran en establecer las rutas hacia el objetivo seleccionado.

Estos haces de trayectorias se aproximan de forma natural a un nivel local, o nivel micro, en los alrededores significativos de cada uno. Esto significa que para seleccionar y lograr aquello que nos parece importante tenemos en cuenta las elecciones y prácticas de los próximos que nos rodean, para ver de qué modo se complementan con nuestras propias elecciones y prácticas. Cada persona, a través del recorrido de acciones que sigue, sirve de modelo a las personas próximas a sus mismas aspiraciones, y establece relaciones de dependencia que pueden ser cooperativas o competitivas. Dos empleados de una empresa pueden colaborar para llevar a cabo un proyecto o competir entre sí por un ascenso. En cualquier caso las acciones que realice uno influirán sobre el comportamiento del otro. Si uno muestra una actitud abierta y colaboradora dará pie a que el otro haga lo mismo; si, por el contrario, alguno se muestra desconfiado y taimado es más probable que los demás muestren actitudes parecidas con él.

Asumiré, de momento, que siempre contamos con cierta capacidad para elegir las actitudes y objetivos que operan en nuestra trayectoria personal, aunque las circunstancias, el entorno, el mundo, etc. repercuten intensamente sobre nuestras elecciones. A veces levantan barreras que obstaculizan la trayectoria en forma de prohibición, como ocurre con las normas discriminatorias, y otras veces en forma de diseño tecnológico, como ocurre con los edificios no accesibles para personas con discapacidad, por poner un ejemplo.

Pero el temor a lo desconocido también se puede hacer desistir de tomar una trayectoria de agencia poco frecuentada. Lo que hace una trayectoria vital más fácil de transitar que otra es la variedad de modelos disponibles, accesibles y conocidos, para consultar cuál es el siguiente paso a seguir. Aprovechamos modelos de vida entre nuestros

allegados, fijándonos en lo que hacen, buscando su colaboración física y apoyo moral cuando lo necesitamos. Volviendo al caso de la discapacidad así lo explican Ferrante y Ferreira (2007) citando a Bourdieu

Si consideramos que “todas las manipulaciones simbólicas de la experiencia corporal, empezando por los desplazamientos en un espacio simbólicamente estructurado, tienden a imponer la integración del espacio corporal, el espacio cósmico y del espacio social, pensando según las mismas categorías” (Bourdieu, 1991: 131), se puede asumir que esa ausencia en el espacio público de un gran número de personas con discapacidad motora daría cuenta de un cuerpo socialmente descalificado, encarnación del estigma o del rechazo.

A un nivel más general, las culturas humanas son, entre otras muchas cosas, auténticos productoras y distribuidoras de modelos de vida, aunque las trayectorias vitales que ejemplifican puedan ser muy difíciles de seguir para una gran parte de la población. Desde las figuras heroicas de la antigüedad clásica hasta los modelos que aparecen en las producciones de Hollywood son ejemplos de esto. Esto constituye el nivel macro del patrón de anisotropía de las trayectorias de vida de una persona. Este nivel está gobernado por la deriva histórica de las instituciones sociales: las leyes como límites o barreras, los derechos como acceso a ciertas prácticas, los códigos morales como indicadores del “valor” de la acción, los modelos como rutas de vida sancionadas por la clase dominante en la producción cultural, etc.

Esta deriva histórica está gobernada por diferentes fuerzas sociales que no trataré aquí. Baste decir, de momento, que tales fuerzas nunca son arbitrarias y casi siempre reproducen y sancionan relaciones de poder. La mayor parte de las veces esto se traduce en procesos de homogeneización sociales y en la justificación y mantenimiento de los privilegios de la élite. La homogeneización, sobre todo, es muy característica de los patrones de isotropía institucionales porque facilita la acción coordinada de grandes grupos en pro de unos objetivos nacionales, culturales, religiosos, etc.

Formar parte de algo más grande que uno mismo suspende en cierto grado el proyecto personal particular de cada uno, a cambio de un sentido (institucional eso sí) para la acción de la persona. Los patrones de isotropía institucionales son guías de prácticas comunitarias por las que los colectivos humanos construyen sus mundos significativos. Cuanto más numerosa y diversa es la comunidad,

más abstracto y alejado de lo particular tendrá que ser el objetivo común que oriente las trayectorias de vida de todos sus miembros, con el fin de que los abarque a todos.

Cosas como el patriotismo, la revolución institucionalizada, las prácticas religiosas, las tradiciones, las prácticas científicas atraen a multitud de personas a orientar sus vidas a un objetivo común. Existen trayectorias de vida religiosas patrióticas, tradicionales, o simplemente normativizadas por causa de algo que está por encima de cualquier aspiración particular (por ejemplo, una guerra, una coyuntura económica, un problema de salud pública, un programa de investigación, etc.). Todos estos patrones macro de prácticas institucionalizadas conviven y se cruzan unos con otros en el mismo espacio performativo, en el mismo momento histórico, y suelen situar los proyectos de vida personales particulares en un segundo plano.

El cuerpo diverso en el espacio de agencia

Ahora bien, aparte de la configuración del espacio de agencia en rutas más o menos afines a las trayectorias particulares de vida, se ha señalado que el cuerpo es una instancia que requiere especial atención en la construcción y determinación de aquello que denominamos persona. La relación con el propio cuerpo es una forma de experimentar la posición en el espacio social mediante la comprobación de la distancia existente entre el cuerpo real y el cuerpo legítimo (Ferrante y Ferreira, 2008).

Existen personas que por sus peculiaridades bio-psico-sociales les supone un gran esfuerzo seguir las corrientes institucionalizadas. Tales peculiaridades pueden tener origen cultural o biológico pero la diferencia no siempre está clara. Por ejemplo, las personas sordas localizan su peculiaridad en el funcionamiento de una parte de su cuerpo, el oído. Sin embargo, a la hora de reivindicar sus derechos se definen a sí mismos como una comunidad cultural, con su propia lengua y prácticas institucionalizadas de relación, aprendizaje y desarrollo personal.

Sin olvidar la vertiente social y su importancia, las diferencias biológicas influyen sobre las trayectorias de vida de las personas que cuentan con ellas. Llamaré a esta diferencia biológica diversidad funcional por referirse a la manera diferente en que los cuerpos pueden realizar las funciones para las que son requeridos. se trata de la terminología adoptada en España por el movimiento social a favor de los derechos civiles de estas personas y des-

taca el valor de la diferencia como parte de lo humano frente al demérito que expresan términos más tradicionales como discapacidad o minusvalía (Romañach, 2005)⁶. Existen diversidades funcionales físicas, cuando existen peculiaridades anatómicas, motoras o fisiológicas que hace que un órgano o sistema funcione de forma diferente a lo esperado; diversidad funcional sensorial cuando la particularidad afecta al sistema de percepción; diversidad funcional intelectual cuando la diferencia afecta al funcionamiento intelectual o a la conducta adaptativa; y, finalmente, diversidad funcional mental cuando la diferencia afecta a la relación comprensiva con los demás y con el entorno.

El estudio atento y libre de prejuicios de cómo los individuos con diversidad funcional se constituyen como personas, para sí mismos y para los demás, puede arrojar luz sobre la cuestión del papel que desempeña el cuerpo en la determinación del estatuto de persona. La diversidad funcional sitúa al ser humano que la experimenta en un lugar privilegiado desde el punto de vista de la construcción personal. Porque, lejos de cualquier corriente institucionalizada, no tiene más remedio que abordar su trayectoria de vida de una manera totalmente original para alcanzar los mismos objetivos que los demás, o proponerse objetivos totalmente nuevos. Es cierto que encontrarán muchas dificultades, pero también es verdad que existen múltiples maneras de realizar cualquier actividad y, por ello, no poder acceder a los modos más frecuentes constituye una oportunidad de descubrir nuevos modos de agencia.

Que esto sea así se debe a que, como expuse anteriormente, el espacio de prácticas sobre el que se define qué es ser persona no tiene ni límites ni territorios privilegiados. Pueden estar más o menos lejos de las corrientes de reconocimiento institucionalizado y esto puede ser muy importante para su particular desarrollo personal, hasta el punto de que tal desarrollo se vea bloqueado o destruido por sociedades que tratan la diferencia como una carga o algo peligroso. La diversidad funcional ha sido víctima habitual en la historia de programas de homogeneización social más o menos persistentes e intolerantes. Y, tenazmente, siempre ha vuelto a aparecer con formas de vida más originales y desafiantes hacia lo considerado normal. Si esto es así debería asumirse que la diversidad funcional forma

parte de la esencia de la persona, de su fundamento ontológico tanto circunstancial como temporal.

La persona, cualquiera que sea su situación vital, adquiere su estatus a lo largo de su vida en la medida en que realiza, de una manera u otra, aquellas funciones que ella y su entorno consideran importantes. El descubrimiento de nuevos modos de agencia, o funcionalidades, posibilita su acceso a personas que en principio no las necesitaban, pero que las circunstancias de su propia trayectoria vital les han conducido, por gusto o por obligación, hacia ellas, de manera que ahora pueden utilizarlas. Así, los rebajes de las aceras para facilitar el cruce a los usuarios de sillas de ruedas son utilizados por peatones con carritos de bebe, skaters, ciclistas, etc., los avisos sonoros del metro y tren para invidentes son aprovechados por todo el mundo como canal de información alternativo. Las sociedades que favorecen la mayor diversidad de estilos de vida posiblemente sean más acogedoras para la mayor parte de sus integrantes, y su espacio de construcción personal será probablemente más rico en posibilidades. Recuperamos así, mediante la reivindicación del cuerpo diverso como elemento positivo y enriquecedor de la construcción personal, la posibilidad de proyectar una sociedad que devuelva alguna importancia al desarrollo particular del proyecto de vida frente a la fuerza de los patrones normativos asociados a grandes coyunturas histórico-culturales.

En este mismo sentido, la presencia reconocida de múltiples y variadas trayectorias de vida posibles favorece al reagrupamiento de las corrientes de trayectorias institucionalizadas en nuevas configuraciones. Los patrones de anisotropía del espacio de agencia son menos rígidos en estas sociedades. De esta manera las sociedades que admiten personas más diversas en su seno, al margen de los modelos que promuevan, se adaptan mejor a cualquier coyuntura que pueda surgir. Por ejemplo, el progresivo envejecimiento de la población en las sociedades más desarrolladas ha hecho que la diversidad funcional pase de ser cosa de minorías a ser una situación vital a la que casi todos accederemos tarde o temprano. Mantener entonces los niveles de participación comunitaria y la conservación de la autonomía física y mental de estas personas, en la medida de lo posible, empieza a plantearse como un objetivo prioritario en estas sociedades. Porque son aquellos situados en la corriente de vida institucionalizada los que, curiosamente, van a llegar al territorio vital que ya ocupan las personas con diversidad funcional, en un efecto no esperado del aumento de la esperanza de vida.

⁶ De reciente aparición este término aún tiene escaso calado internacional, aunque no nulo, como puede verse en (Patston, 2007)

Y no deja de ser curioso que en las mismas sociedades se discuta con diferente interés e intensidad los derechos civiles de las personas con diversidad funcional y el derecho a una muerte digna (eutanasia) cuando el deterioro de la vida rebasa una serie de expectativas que se consideran mínimas. En el modelo espacial de agencia el debate sería entre una posición a favor de una reorganización del patrón de anisotropía del espacio de acción donde se desarrolla la persona, hacia una configuración más armonizada con la vida y las capacidades reales del individuo, o una postura favorable al mantenimiento de la configuración actual aunque ello suponga una sensación de pérdida de control y cosificación tal que pueda llegar a agotar cualquier deseo de continuar viviendo. Adaptar la sociedad a las personas que la habitan, o bien presionar a las personas para que se adapten a la sociedad que hay.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos partido de la agencia orientada a objeto como marcador requerido, junto a otros, en el estatuto de persona. Allí donde hay agencia intencional participa una o más personas. Ahora bien, el modo en que se interpreta y reconoce dicha intencionalidad y la entidad a la que se asigna constituyen los problemas principales a la hora de reconocer a todas las personas en igualdad de condiciones y oportunidades. Aquel a quién se le reconoce la intencionalidad, tendrá más fácil ejercer mayor control sobre las acciones que promueve o que le afectan. Para analizar esto hemos presentado tres modelos de interpretación de la persona basados en cómo las personas actúan entre ellas y sobre el entorno.

El modelo de los tipos se basa en cuatro esquemas de interacción basados en una determinada interpretación de su tratamiento en los relatos literarios. El modelo subraya la importancia del entorno, pero resulta demasiado rígido y escaso para describir la infinita variedad de relaciones de agencia posible. Ni el personaje, ni el individuo, ni la figura, ni la personalidad agotan toda la variedad de personas que pueden existir.

El modelo del dipolo de agencia, por su parte, hace hincapié en la deslocalización de la acción intencional entre el agente y el mundo. En él, sujeto y objeto son límites abiertos que jamás se alcanzan pero que se pueden aproximar cuanto se quiera.

En el modelo espacial la agencia se describe a través de las trayectorias que los agentes recorren encadenando acciones simples, unas a continuación de las otras, en persecución de sus objetivos. La agencia intencional es aquella cuya trayectoria tiene un propósito reconocible al menos para el propio agente y, en la medida de lo posible, para los demás. Este modelo pretende respetar un principio de diversidad fuerte, y por ello debería ofrecer espacio de desarrollo a cualquier persona por radical que sea su diferencia, especialmente aquellas relacionadas con la forma de funcionar de sus cuerpos.

El modelo espacial describe las influencias del entorno a través del agrupamiento de trayectorias en corrientes o rutas de agencia institucionalizadas, tanto a nivel micro, en el entorno más cercano, como a nivel macro, a nivel social más general. Y diferencia, por un lado, la intencionalidad manifestada en el objetivo hacia el que se orienta la trayectoria, y por otro, la entidad funcional, el cuerpo, que realiza la trayectoria. Por tanto, describe algo más minuciosamente la entidad agente. También describe cómo el entorno facilita o dificulta determinadas trayectorias de agencia influyendo así en las trayectorias particulares.

Sin embargo, describe de forma demasiado aislada a la entidad que realiza la trayectoria, a la que hemos relacionado con la subjetividad, como si realmente dependiera sólo de sí misma y de sus capacidades frente a las diferentes posibilidades que se le ofrecen. El entorno no es únicamente un catálogo más o menos rico de posibilidades de acción, sino que también es un actor múltiple que actúa sobre el cuerpo y la conciencia dejando su marca en la subjetividad.

Se propone, por tanto, como proyecto de investigación, la búsqueda de un modelo, quizá basado en el modelo espacial pero que supere sus limitaciones, que permita describir el proceso por el que se constituye y legitima a la persona por su agencia y que tenga en cuenta al cuerpo como entidad mediadora y constituyente de la persona, en igualdad de condiciones en que lo son la subjetividad y el mundo. La agencia se distribuirá entre estas entidades, el cuerpo entre ellas, de modo que ninguna se apropiará por completo de la agencia, y ninguna de ellas podrá definirse aisladamente de las otras.

